

EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION,

FAMILIA,

PROPIEDAD,

FUNDADOR.

DIRECTOR.

CENSOR ECLESIASTICO.

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,
Canónigo Magistral.

Sr. D. Antonio Soriano Barragan,
Presbítero.

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo penitenciario.

Se publica todos los juéves en 16 páginas á dos columnas.—Precios de suscripcion: 10 reales trimestre; 38 un año.—Redaccion y administracion: Sol, 135.

SECCION DOCTRINAL.

CUARTA VELADA,

INTERLOCUTORES.

- 1.º—G.—Gladiator.
- 2.º—P.—Prosper.
- 3.º—C.—Custos.

G.—Preciso es volver sobre el asunto de la velada anterior, pues no parece tan corriente lo que dejamos establecido.

C.—¿Por ventura estábais entre los concurrentes?

G.—No; mas soy interesado, y se me ha referido cuanto allí se habló.

P.—Es de suponer que la referencia sea exacta.

G.—Lo es en tal grado, que bien puede pasar por cronista el relator.

C.—Veamos pues, lo que no parece corriente.

G.—Justamente lo principal en el debate, á saber, el culto de adoracion con que los católicos divinizan á María y á los santos.

C.—No se probará jamás que la Iglesia católica haya rendido culto de verdadera latria, *cultus servitutis Deo supremo Domino debitus*, á la Purísima Virgen, á los ángeles, ni á los santos.

G.—Estamos en lo fuerte de la discusion. En diferentes lugares, con motivo diverso y en varios casos, llamaron los Padres de la Iglesia adoracion al culto con que honraban los cristianos á María y á los santos.

P.—Es exacto; mas tal adoracion no la tomaron jamás en el sentido de latria propiamente dicha, sino en el de veneracion,

respeto, sumision y observancia, obsequios que en verdad reclaman los méritos excelentísimos de María, y los exclarecidos de los justos. *Adoratio, submissionis et honoris est signum*, decia San Juan Damasceno.

G.—Siendo así, ¿cómo declamó San Epifanio contra los sacrificios que las mujeres sirias ofrecian á la Vírgen?

P. ¡Calma! ¡calma! En primer lugar no eran sirias, sino árabes, las famosas sacrificadoras, muherzuelas inquietas y veleidosas á las cuales aludia San Epifanio, muy acreedoras por cierto á las calificaciones que el Santo les aplicaba. De modo que al mismo tiempo de ser condenada su conducta, lo era tambien el extraño culto con que intentaban honrar á la Vírgen Santísima tales *presbiterae, vel sacrificulae*, en expresion del B. P. Canisio.

G.—Imitaban á los católicos: seguian ilustres ejemplos.

C.—Estamos al principio de la cuestion. No podian imitar lo que nunca se hizo, ni seguir huellas que no estaban abiertas.

G.—Es menester que no ciegue la pasion de partido.

P.—¡Despacio! No es cuestion de partido; es únicamente un punto de historia íntimamente relacionado con la doctrina

católica, con la sagrada liturgia y con las prácticas piadosas.

G.—Precisamente es así. Os condenan á la vez la historia, los cultos y las prácticas idolátricas que observais con raro entusiasmo.

C.—Ni siquiera nos agrada la palabra entusiasmo aplicada al fervor católico.

G.—¡Qué delicadeza! Empleada en honrar solo á Dios, seria de gran provecho para las almas.

P.—¡Verdaderamente que es oponer delicadeza á delicadeza! El honor que solo á Dios se debe, como á Señor de todas las cosas, no impide el culto que se tributa á los justos, á quienes, como á los ángeles, acudimos en busca de proteccion. Llama San Bernardo á los últimos *actores et tutores* nuestros. Dice que debemos reverenciarlos, quiere les tengamos devocion, y que confiemos en su custodia: nos excita además á que los amemos. *Itaque, fratres, affectuosé diligamus Angelos Dei. In Psal. Qui habitat.*

C.—Bien considerado el caso, limítanse los argumentos en contra á simples amagos que favorecidos de la pasion ó novedades toman el carácter de un raciocinio poderoso. Si á esto se añade la libertad descarada de traer y llevar irreverentemente las cosas santas, llega á ser punto de hon-

ra acabar con lo que respetaron los siglos.

G.—Pero cuando se quiere establecer la justicia, desterrando abusos no tiene lugar tal reflexión. Teniendo á Dios, ¿qué falta hacen intercesores?

P.—¡Es verdad! Santa Teresa dice lo mismo con su natural gracejo:

Quien á Dios tiene,
Nada le falta:
Solo Dios basta.

Sin embargo, agrada á Dios que le adoremos y ensalcemos en sus hechuras, en sus amigos, en los ángeles y en su Madre Santísima, en términos que toda la gloria de los justos es gloria suya; y por él fueron poderosos en obras y en palabras. El Rey de los siglos inmortal é invisible tiene su corte, sus adoradores, amigos suyos, sus ministros y enviados. Nombre de oficio es el de ángel, y los ángeles sirven á Dios, dador de todo bien y autor de toda gracia, santidad y justicia. Cuando á él acudimos por mediación de sus escogidos, entonces *Honoramus Sanctos, charitate, non servitute Latriae, qua Creatori non creaturae serviendum est.* August. Super Exod. quaest. 60. et Lib. 1 de Trinit. c. 6 Deut. 6 et 10.

G.—Pues que así lo entendéis, ¿cómo explicaríais los sa-

crificios que vuestra iglesia ofrece á la Virgen, á los ángeles y á los santos, especialmente en la dedicacion de sus altares y fiestas?

P.—No hay tal ofrecimiento de sacrificios á los bienaventurados que la Santa Iglesia venera en los altares. El sacerdote oferente siempre dice: *Offerimus tibi Domine*; nunca dice: *Offerimus tibi, Deipara, ni offerimus vobis, angeli, vel sancti.* De modo que es menester inventar hechos, para atribuir casos de culto idólatrico á la Iglesia. Mas en esto como en todas las cosas graves, se debe proceder con verdadero conocimiento de los asuntos para no incurrir en equivocaciones deplorables. Basta leer los *Devocionarios católicos* aprobados por la Iglesia, para convencerse de que el sacrificio incruento solo se ofrece á Dios; si bien se pide, como dicho está, el auxilio, la intercesion y el favor de los santos. Tambien se pide á todos los fieles que unan sus preces á las del sacerdote. *Multiplicatis intercessoribus Deus bona largitur.*

G.—Nosotros tambien queremos que el pueblo sea sacerdote sin excluir á las mujeres.

C.—¡Nuevo error! La Iglesia católica no hace al pueblo sacerdote, sino que le invita á orar asociando sus deseos, sus votos y plegarias á la intencion del sa-

cerdote, quien á su vez interpreta la de los fieles. En órden á las mujeres, están excluidas del sacerdocio, como del magisterio eclesiástico. Es doctrina del apóstol San Pablo. *Mulieres in ecclesiis taceant... Si quid autem volunt discere, domi viros suos interrogent.* I ad Cor. XIV, 34 et 35.

G.—Pues qué, ¿no son hijas de Dios?

P.—No dejan de serlo por estar excluidas del sacerdocio y de la predicacion evangélica. Tampoco pierde el derecho de ciudadanía en la vida civil el que, no siendo letrado, está excluido de abogar en los tribunales de justicia. Ni las mujeres quedan deprimidas, porque las leyes no les permitan ejercer la magistratura ni otros cargos públicos. Leyes sábias y muy prudentes excluyeron en varios tiempos el reinado de las hembras. Mas por cuanto se trata de hacer valer las Santas Escrituras, ellas mismas determinan la aludida exclusion.

C.—El argumento de *G.* es infortunado. Requiere la formalidad que no se adule al mísero pueblo, fácil de seducir, ni se aliente la vanidad de las mujeres, excitando en ellas un entusiasmo extravagante.

G.—¿Pues no profesan el monacato? ¿Cómo se concilia esto?

C.—Prudente y razonablemen-

te. En la profesion religiosa ofrecen á Dios pobreza, obediencia y castidad. El estado de la perfeccion no dá carácter sacerdotal: esto es propio de la ordenacion, para la cual no es sugeto hábil la mujer.

P.—No se pierda de vista que el sacerdocio es un ministerio: y así como no todos los ciudadanos son ministros de los reyes, tampoco todos los fieles son ministros de Dios. Lo son aquellos que llamados por vocacion especial son ordenados legítimamente, en términos que la sucesion legítima de los ministros de la Religion envuelve la legitimidad del Apóstolado, inconcebible sin mision. *Ite: ecce ego mitto vcs,* Luc. X, 3.

C.—Débese atender mucho á la manera comun de hablar, y tambien al lenguaje propio y técnico de las ciencias, si no se ha de confundir lo que se dice de un modo impropio y en forma expansiva con el rigor y propiedad de las voces. Así, cuando se habla, por ejemplo, de adoracion en general, se entiende toda clase de respeto, de veneracion, toda inclinacion de cabeza, en una palabra, las demostraciones reverentes de cualquiera especie; mas cuando se trata de la adoracion extrictamente considerada, solo se entiende del culto exhibido á Dios, como Señor Supremo que

es de todo lo creado. Igualmente, al hablar del sacerdocio y de los sacrificios, suele decirse en general y de un modo impropio que el pueblo es sacerdote, por cuanto en su línea pide, ofrece y se une al oferente en el espíritu de oración; mas en rigor, el sacerdote es quien pide y ofrece, y Jesucristo el principal oferente. *Sacerdos est, ipse offerens, ipse et oblatio. Aug. in. tim. 2. Suscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis...*, responde el pueblo cuando el ministro de Dios le invita á orar para hacer aceptable el sacrificio. *Orate fratres...*

P.—Así es. También decimos ordinariamente, y de un modo figurado, que el corazón es un altar, donde no deben colocarse ídolos, y llamamos sacrificio, amarguras y pasión, á todo género de sufrimientos. Los fieles, pues, están en el derecho, que por otra parte es un deber, de consagrar á Dios lo bueno que hicieren y lo malo que evitaren, cosas que, en verdad, suelen tener mérito digno de celestial recompensa.

G.—Más que argumentos, valdrian en esta ocasión sentencias tomadas de la Escritura.

C.—Ni aun así oyen la verdad los ánimos preocupados.

..Malé verum examinat omnis corruptus iudex.

Horat. Satyr. Lib. II, satyr. II.

El Apóstol San Pablo es terminante en la materia. Por ventura, ¿son todos Apóstoles? ¿son todos profetas? ¿son todos doctores? I ad Cor. XII, 29.

P.—Nada hay más explícito en las sagradas Letras que la misión del apostolado. Eligió Jesucristo doce, á quienes llamó Apóstoles, los envió á enseñar, á bautizar y á inculcar la observancia de lo que había mandado. San Pablo dice de sí mismo que recibió el ministerio de la palabra para testificar el Evangelio de la gracia de Dios. Predicad á toda criatura, dijo el Salvador á sus discípulos.—Id, yo os envío.—¿Y cómo habían de predicar sin ser enviados? ¿cómo habían de oír las gentes, sino se les hablaba? *Pax vobis. Sicut misit me pater, et ego mitto vos.* Joan. XX, 21. El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas. San Juan XIV, 26. Está, pues, consignada en las Santas Escrituras la elección y misión especial del apostolado.

C.—Hablan Moises, los profetas, Jesucristo y los Apóstoles, y no los oyen. Habla la Iglesia, y la desprecian. Pues si no oyen estas voces, nada creerán. *Si Moysen et prophetas non audiunt; neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.* Luc. XVI, 31.

P.—También dijo Jesucristo,

hablando con sus discípulos: «El que os oye, á mí me oye; el que os desprecia, á mí me desprecia... Os envío como corderos entre lobos.—No penseis qué, ni cómo habeis de hablar; el Espíritu Santo hablará en vosotros.» No puede estar más determinado el ministerio de la enseñanza por la predicación, *no interior, ó iluminativa*, sino exterior, pública, animosa. *Quod in aure audistis prædicate super tecta*. Hé aquí pruebas exteriores de la misión del apostolado; hé aquí pruebas sensibles de la autoridad; hé aquí una manifestación divina de las ideas eternas en orden al ministerio de los pastores legítimos, con exclusión de interpretaciones caprichosas y de intrusiones violentas.

C.—A fuerza de abogar por las Escrituras se han quedado los reformadores sin espíritu y sin letra. Para ellos parece escrito lo que predijo un profeta. «Todo será para vosotros como un libro sellado. Si lo toma el que sabe leer, y le dicen: Lee. Responderá: no puedo; está sellado. Si se le da al que no sabe leer, diciéndole: Lee. Responderá: no conozco las letras. *Et erit vobis visio omnium sicut verba libri signati, quem cum dederint scienti litteras, dicent: Lege istum: et respondebit: Non possum, signatus*

est enim. Et dabitur liber nescienti litteras, diceturque ei: Lege: et respondebit: Nescio litteras. Isai. XXIX, vv. 11 et 12.

P.—Concluyamos, por nuestra parte, con una sentencia de la Escritura. Fueron rebeldes á la luz, ignoraron sus caminos y no volvieron por sus sendas. *Ipsi fuerunt rebelles lumini, nescierunt vias ejus, nec reversi sunt per semitas ejus*. Job. XXIV, v. 13.

C.—Me ocurre otra sentencia muy al caso. Andan á tientas como en tinieblas, no en luz; van errantes á modo de ébrios. *Palpabunt quasi in tenebris, et non in luce, et errare eos faciet quasi ebrios*. Job. XII, v. 25.

G.—¡Largo sermón! Basta de pesadeces y fanatismo...

P. y C.—¡Ditirambo perfecto! *Comedunt panem impietatis, et vinum iniquitatis bibunt*. Prov. IV, 17. *Iniquitatem in excelso locuti sunt*. Psal. LXXII, 8. Tal aprecio se hace de las Escrituras después de haberlas invocado por toda ley y creencia.

Día de Santa Teresa de Jesús, 15 de Octubre de 1874.

† *Antolin, Obispo de Jaen.*

La ley de la caridad.

Nunca tanto como ahora se han ocupado los hombres de teorías sociales, y sin embargo nunca la sociedad estuvo tan enferma ni se halló su organismo mas gravemente perturbado, ni estuvieron mas seriamente conmovidas sus bases mas esenciales.

Toda sociedad descansa sobre tres fundamentos igualmente necesarios á su estabilidad y á su bienestar: la abnegacion paternal de los superiores para con los inferiores, la subordinacion cordial de estos respecto de aquellos, y el amor mútuo de los diversos miembros entre sí.

Estas tres condiciones se resumen en la gran ley de la caridad. Esta divina ley al aplicarse á las tres clases de relaciones que constituyen todas las sociedades, hace que los superiores obren con sus inferiores como verdaderos padres, y vean en su autoridad el deber de una abnegacion mayor; que los inferiores en vez de maldecir su subordinacion, acojan con amor y reconocimiento la direccion de sus superiores; que todos los miembros, en fin, hagan con gusto los sacrificios que aseguran á la sociedad el bien inapreciable de la concordia y de la union. ¿Hay necesidad de probar que en todas las clases de la so-

ciudad, esa tan apreciable armonia ha sido profundamente turbada, y que el egoismo tiende á ponerse en el lugar de la caridad, así en las relaciones de los miembros entre sí como en las relaciones mútuas de los superiores y de los inferiores?

Aun dejando aparte la sociedad civil, cuyos trastornos ahora mismo están haciendo temblar el suelo bajo nuestras plantas, en la familia la autoridad del padre se abdica ella misma y se debilita cada vez mas ante la insubordinacion de los hijos, y la voz de la sangre y de la naturaleza no es ya bastante poderosa para detener en el corazon de los hermanos las hostilidades provocadas por los intereses.

Y si esto sucede en la primera de las sociedades, en la que sirve de base á las demás y que tiene por principio el mismo instinto de la naturaleza ¿qué acontecerá con aquellas cuyos miembros se hallan ya naturalmente inclinados á mirarse como extraños, cuando no se consideran como enemigos?

El mal es pues real, y tan manifiesto como grave. Lo que dista mucho de ser igualmente evidente para nosotros es el remedio que debe curarlo y devolver la salud al cuerpo social, por

mas que parezcan mortales sus heridas.

Los cristianos, sin embargo, no tienen necesidad de buscar rumbo para hallar ese remedio: lo encontrarán en este nombre divino que lleva en sí la salud de los pueblos como la de los individuos, en el nombre de Jesús. *Non est in alio aliquo salus*; lo hallarán en la sangre que ha corrido de las venas del Salvador sobre la cruz, y que ha permanecido en las manos de la iglesia para ser aplicada, como un antídoto divino, á todos los males de los hombres.

Tal es sin duda alguna, el remedio soberano pregonado y ofrecido por la mano de Dios á la sociedad en peligro. Y en efecto, ¿qué es lo que se necesita? Abrir los caminos á la divina caridad para que penetre los corazones con su influencia y les impela hácia el grande y elevadísimo objeto que Dios les ha impuesto. Los hombres empero no se dejarán encaminar hácia este magnífico objeto, si no empiezan por fijar en él sus miradas; no se sentirán movidos por los grandes sentimientos de la caridad, si sus pensamientos permanecen aprisionados en el estrecho horizonte de sus intereses personales; ni perecerá el egoismo en tanto que hasta en la piedad misma, el

cristiano lo refiera todo á él. ¿Quereis quitar todo su poder al egoismo y desvanecer el encanto con que fascina á los pobres corazones humanos? ¿Quereis que las sociedades encuentren su equilibrio, que los superiores pongan toda su gloria en hacerse los siervos de sus subordinados, que estos se tengan por felices obedeciendo y que todos busquen como un bien la ocasion de hacer sacrificios para la dicha de los otros? Poner en su lugar correspondiente todas esas ruedas del mecanismo social; cosa harto fácil cuando el interior de las almas habrá vuelto á encontrar su orden y su armonia. Mostrad á los diversos miembros de las sociedades temporales sus verdaderas relaciones con la gran sociedad, con la familia celestial de que el mismo Dios es el padre. Hacedlas comprender que á cada uno de ellos le está confiada una parte de los intereses eternos de esta gran familia y que su recompensa, en una vida mejor, será proporcionada, no al rango que habrá ocupado aqui bajo, sino á su fidelidad y su abnegacion. Haced que consideren esta tierra como un punto en la inmensa casa de Dios, y como un instante perdido en la infinita sucesion de los siglos el tiempo que en él deben pasar, depositarios ó súbditos de la

autoridad, ricos ó pobres. Obligados á no considerarse á sí mismos, sino en Dios, que les llama á cambiar su nada por su perfeccion soberana; y desde este momento dejarán de verse tentados á encerrarse en esa nada; de sentirse deslumbrados por el brillo de sus riquezas ó de su poder, ó de considerarse humillados por su estado de desnudéz ó de dependencia; los superiores ejercerán humildemente la autoridad, y los inferiores practicarán noblemente la obediencia; todos comprenderán el precio del sacrificio, y aquel se tendrá por mas feliz que habrá encontrado la ocasion mas meritoria de servir á Dios en sus hermanos.

Y esto es lo que hace la religion cristiana. No nos permite fijar un solo instante nuestras miradas y nuestros pensamientos en el estrecho círculo de las sociedades terrestres de que formamos parte. Semejante al guia que conduce al viajero á una montaña elevada desde donde abraza la vista la inmensidad del horizonte, y desde la cual desaparecen completamente las desigualdades de la llanura, nuestra adorable religion nos coloca en un punto de vista tan alto y tan dilatado que nos es imposible apreciar la posicion de inferioridad ó de superioridad en que he-

mos sido colocados aquí bajo. Nos señala el cielo como el reino eterno del cual somos todos, con igual título, presuntos herederos; la vida presente como el tiempo de nuestra memoria y de nuestra educacion; las criaturas materiales como esclavas nuestras; las superiores, los ministros de la iglesia y hasta los angeles, como auxiliares caritativos establecidos por Dios para ayudarnos á cumplir nuestro destino; á Jesucristo como el único Señor á quien estamos obligados á obedecer, y como al solo juez al cual debemos un dia dar cuenta de nuestras acciones; y en fin la gloria de ese divino Salvador y de su Padre, como el supremo interés que nos está confiado, que podemos todos procurarnos en igual grado, sea cual fuere la posicion que ocupemos aquí bajo, y cuyo logro, para el cual con mas ó menos ardor hemos trabajado, debe ser la medida de nuestra felicidad.

Tal es el remedio que la Iglesia de Jesucristo aplica al egoismo y con el cual evita las divisiones que despedazan al cuerpo social y arman á sus miembros unos contra otros.

El cristiano que se eleva hasta estos sentimientos y sabe mantenerse en ellos ¿podrá ejercer su autoridad sin sacrificarse en favor de sus subordinados y obedecer

sin amor? ¿Podrá repugnarle el prestar á los demás los mas penosos servicios? Una sociedad que tuviese siempre presentes estas miras ¿no gozaria de una paz inalterable, de una fuerza increíble y de un delicioso bienestar? Una familia, una comunidad cualquiera, una ciudad, un estado que se hallasen firmemente constituidos sobre esas bases ¿no habrian alcanzado el ideal de la perfeccion y no encontrarían en la union de sus miembros, en el ardor del espíritu de sacrificio de que se sentirían animados el principio de todos los progresos?

¡Ah! abran por fin los ojos esos hombres que hablan tanto de progreso, y que pretenden tener la gran mision de mejorar la existencia de sus semejantes y de reformar la sociedad! Seguramente que no irían ya á buscar en el pais de las quimeras el paraíso que sueñan traer á la tierra, puesto que lo hallarian en el seno de la Iglesia católica, la cual ha mil ochocientos años que hace á las sociedades tanto mas venturosas cuanto mejor siguen las grandes luces de la fé y las divinas inspiraciones de la caridad.

M. Riera de los Angeles.

SECCION DE NOTICIAS.

No necesitamos, por fortuna, convencer á nuestros conciudadanos los cordobeses de lo eficacísima que ha sido siempre la poderosa intercesion de su glorioso custodio San Rafael, así como la de los invictos mártires que regaron este privilegiado suelo con su preciosísima sangre. Cada uno de nosotros es de esa verdad irrecusable testigo, dispuesto á confirmarla hasta con su sangre, si preciso fuera; porque ni una sola vez de tantas como hemos recurrido al cielo en nuestras calamidades, interponiendo el valimiento de aquellos santos, hemos dejado de experimentar el oportuno é inmediato remedio. Pues bien; por desgracia, decimos ahora, no es preciso demostrar que nos hallamos bajo el dolorosísimo peso de una de esas calamidades, que por su gravedad y estension tocan é interesan á todos. General es el público lamento por la extraordinaria sequía que sufren nuestros sedientes campos y que tiene paralizadas las importantísimas operaciones agrícolas, propias de la estacion que atravesamos. Y ¿por qué no hemos recurrido ya á la fuente inagotable de las misericordias divinas, unidos todos como una sola persona, puesto que todos sentimos la desgracia, para encontrar allí el suspirado consuelo que tantas veces hemos experimentado? De la religiosidad de nuestras autoridades, que son católicas y á quienes

consta que presiden y representan á un pueblo eminentemente católico tambien; y del celo de cuantas personas pueden y deben interesarse en este asunto, esperamos que harán cuanto les sea posible y estimen conducente á calmar la justísima ansiedad de los habitantes todos de Córdoba y su provincia, que solo de la misericordia divina aguardan el remedio de las presentes calamidades.

*
* *

El 29 de octubre el Rey de Portugal recibió en audiencia solemne á Mons. Sanguigni, arzobispo de Társis, nuncio apostólico en la Corte de Lisboa, observandose en tal ceremonia las formalidades de costumbre. Al presentar sus credenciales á Su Majestad, el señor Nuncio pronunció el siguiente discurso:

«Señor: Debo manifestar mi gratitud por la distincion verdaderamente extraordinaria con que el venerable Jefe de la Iglesia y soberano mio ha tenido á bien honrarme nombrandome Nuncio apostólico cerca V. M., rey de esta noble é ilustre nacion que entre los numerosos títulos que la distinguen reune además el de Fidelísima. Los sentimientos sinceramente religiosos de V. M., son prenda segura del mayor bien posible en favor de la Iglesia.

Señor: al poner en vuestras manos el breve por el cual nuestro santísimo Padre se ha dignado acreditar me cerca de V. M., y en

el cual se expresan mejor de lo que yo podría hacerlo, sus sentimientos de cariño verdaderamente paternal, creed os ruego que emplearé todo mi celo y mi voluntad en conservar y consolidar las buenas relaciones que felizmente existen entre la Santa Sede y el Gobierno de V. M.

En esta mision, para mí tan honrosa, me tendré por muy dichoso si merezco una vez mas las bondades y la estimacion de V. M. y de vuestro Gobierno.»

El Rey contestó:

«He oido con gran placer todo lo que acabais de expresarme con motivo de la honrosa mision que el Santo Padre se ha servido confiaros.

Al recibir, pues, el breve de Su Santidad que os acredita en calidad de Nuncio apostólico cerca de mi persona, os encomiendo seais cerca del Jefe visible de la Iglesia el intérprete de mis sentimientos de piedad filial y de mi gratitud por la justicia que Su Santidad hace á mis vivos deseos de contribuir, en todo lo que de mí dependa, al esplendor y á la gloria de la religion católica.

La prueba evidente de la confianza que mereceis á Su Santidad me es tanto mas grata en cuanto me procura la ocasion de poderos ver de nuevo en mi Corte, en la cual por vuestros precedentes y nobles cualidades que os distinguen habeis conquistado tantas simpatías, lo cual debe seros una garantía se-

gura de toda mi benevolencia con vos, y de la consideracion y estima de mi Gobierno.»

*
* *

Refieren los periódicos franceses que una señorita de Calvilac, perlática hacia mucho tiempo, fué conducida dias pasados en un estado deplorable al célebre santuario de Nuestra Señora de Lourdes. Cuando depositada al pié de la piscina y puesta de rodillas imploró el auxilio de la Virgen, sintióse repentinamente vigorizada; púsose en pié, y corrió sola y sin auxilio á la gruta á entonar el *Magnificat*.

Este hecho impresionó vivamente á la numerosa concurrencia, y sobre todo á sus hermanos, que eran incrédulos, especialmente uno de ellos que es médico, y prometió convertirse si su hermana curaba. Así lo ha hecho, y hoy se le ve orar y asistir á las solemnidades de la Iglesia con la mayor religiosidad, contrastando su piedad actual con los alardes de escepticismo que antes se oían de sus lábios

*
* *

Los titulados viejo-católicos han celebrado una especie de congreso ó conciliábulo en el gran Ducado de Baden. Como no podia menos de suceder, este conciliábulo ha sido una horrible Babel con su correspondiente confusion de lenguas. Los viejo-católicos ó apóstatas que á él han asistido no han estado de acuerdo mas que en tres cosas, á

saber: 1.^a En mostrar muy poco ó ningun espíritu religioso; 2.^a en hacer únicos y absurdos alardes de odio á la Santa Sede; 3.^a En colmar de lisonjas al Gobierno de Berlin. Todo esto era muy natural. La apostasia es siempre tan altiva ante la autoridad del Papa (débil humanamente hablando), como humilde y rastrera ante los poderosos del mundo, á los cuales lo sacrifica todo, comenzando por su dignidad y su conciencia.

*
* *

El Consistorio protestante en Ginebra ha negado recientemente al ex-carmelita P. Jacinto la petition que este habia hecho para que le permitiera dar en uno de sus locales una série de conferencias públicas. ¡Qué diferencia, dice á este propósito un ilustrado diario de Madrid, entre el P. Jacinto atrayendo con su elocuencia en Nuestra Señora de París á todo lo mas distinguido entre todas las clases educadas, y Mr. Jacinto Loyson reducido á mendigar la entrada en salas particulares para hacer oír su desautorizada palabra! ¡Qué caída tan inmensa y tan merecida!

Resúmen de las materias que contiene este número.

SECCION DOCTRINAL.—*Cuarta velada*, por el Excmo. Sr. Obispo de Jaen.—*La ley de la caridad*, por el Sr. Don Miguel Riera de los Angeles.—SECCION DE NOTICIAS.

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Azonaicas, 4.